

**JONATHAN
MABERRY**

**POLVO
DECADENCIA**

Ruina y putrefacción

Libro dos

Traducción de
Luis Carlos Fuentes

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

POLVO Y DECADENCIA

Título original: *Dust & Decay*

© 2011, Jonathan Maberry

Publicado según acuerdo con Simon & Schuster Books for Young Readers, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division

Traducción: Luis Carlos Fuentes

Diseño de portada: Jorge Garnica

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2023

ISBN: 978-84-123655-4-2

Depósito legal: B 10025-2023

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005590010523

Este libro es para Don Lafferty, Arthur Mensch y Sam West-Mensch.

Y, como siempre, para Sara Jo.



PARTE 1

EL VIAJE

Un viaje de mil millas
comienza con un solo paso.

LAO-TSE

1

Benny Imura quedó consternado al comprender que ni aun en pleno Apocalipsis podría librarse de los deberes.

—¿Por qué tenemos que estudiar estas cosas? —preguntó—. Nosotros ya sabemos lo que pasó. La gente empezó a convertirse en zoms, los zoms se comieron a casi todos, todo el que muere se convierte en zom, así que la moraleja de este cuento es: trata de no morir.

Al otro lado de la mesa de la cocina, su hermano Tom lo miraba fijamente entrecerrando los ojos.

—¿Intentas parecer idiota o es una capacidad innata?

—Hablo en serio. Ya sabemos lo que pasó.

—¿De verdad? ¿Entonces por qué pasaste la mayor parte del último verano quejándote de que nadie de mi edad le cuenta a nadie de tu edad la verdad sobre los muertos vivos?

—Escuchar es una cosa. Escribir ensayos y presentar exámenes sorpresa es otra muy distinta.

—Porque Dios nos libre de que tengas que recordar algo de lo que te decimos.

Benny levantó misteriosamente las cejas y se dio unos golpecitos en la sien.

—Lo tengo todo aquí, en el enorme almacén de conocimiento que soy yo.

—Bien, chico genio, entonces ¿qué comenzó la plaga?

—Muy fácil —dijo Benny—. Nadie lo sabe.

—¿Cuáles son las principales teorías?

Benny encajó su tenedor en un gran pedazo de boniato con mantequilla, se lo metió a la boca y masticó ruidosamente mientras hablaba. Era un movimiento calculado para irritar a Tom por tres causas al mismo tiempo. Tom odiaba que hablara con la boca llena. También odiaba que Benny masticara con la boca abierta. Y además eso sofocaría la mayor parte de lo que dijera, lo que significaba que Tom tendría que poner aún más atención a esa boca llena de tubérculo de donde saldrían palabras apagadas.

—Radiación, virus, armas biológicas, desechos tóxicos, erupciones solares, obra de Dios.

Lo dijo sin hacer pausa entre las palabras. Eso también era molesto, y valía al menos otro punto en el «irritómetro» personal de Benny.

Tom sorbió su té en silencio, pero dirigió a Benny *la mirada*.

Benny suspiró y tragó.

—Bien —dijo—, al principio la gente culpó a la radiación de un satélite.

—Sonda espacial —corrigió Tom.

—Lo que sea. Pero eso no tiene sentido, porque un satélite...

—Sonda espacial.

—... no transportaría suficiente material radioactivo para dispersarlo por todo el mundo.

—Eso creemos.

—Claro —concedió Benny—, pero en clase de Ciencias nos dijeron que incluso si una de las viejas plantas nucleares sufriera una como-se-llame, no...

—La fusión de un reactor.

—... habría suficiente radiación para cubrir todo el planeta, a pesar de tener más material radioactivo que un satélite.

Tom suspiró. Benny sonrió.

—¿Qué conclusión sacas de eso?

—El mundo no fue destruido por zombis radioactivos del espacio.

—*Probablemente* no fue destruido por zombis radioactivos del espacio —corrigió Tom—. ¿Y qué me dices de un virus?

Benny separó un trozo de pollo y lo comió. Tom era un gran cocinero, y éste era uno de sus mejores platos. Boniato, pollo asado con champiñones y almendras, y col rizada de un verde intenso. Una hogaza de pan al vapor, hecha con lo último que quedaba del trigo del invierno, reposaba cerca, donde Benny pudiera cogerla.

—El padre de Chong dice que un virus necesita de un huésped vivo, y los zoms no están vivos. Dice que tal vez una bacteria o un hongo albergan al virus.

—¿Sabes lo que es una bacteria?

—Desde luego... es una diminuta alimaña que hace que te enfermes.

—Dios, me encanta cuando muestras lo profundo de tus conocimientos. Me hace sentir orgulloso de ser tu hermano.

—Que te...

—Cuida tu lenguaje.

Se sonrieron.

Ya habían transcurrido casi siete meses desde que el rencor y la desconfianza que Benny había sentido durante toda

su vida por su medio hermano se habían transformado en cariño y admiración. Ese proceso había comenzado el verano pasado, poco después del decimoquinto cumpleaños de Benny. De cierto modo él sabía que quería a Tom, pero dado que Tom era su hermano y que éste aún era el mundo real, las posibilidades de que Benny empleara alguna vez esa palabra que empieza con Q estaban en algún punto entre «de ninguna manera» y «fuera de mi camino que voy a vomitar».

No es que Benny aborreciera aquella palabra, no cuando se trataba de alguien más adecuado para recibirla, alguien como la intensamente pelirroja reina de las pecas, Nix Riley. A Benny le gustaría mucho poder lanzar esa palabra a la chica, pero aún no lo hacía. Poco después de la gran pelea en el campamento de los cazarrecompensas, cuando Benny había intentado abordar el tema, Nix lo amenazó con pegarle si continuaba. Benny cerró la boca, al comprender por qué el momento había sido tan inapropiado. Charlie «Ojo Rosa» Matthias y Marion Hammer, «el Martillo de Detroit», habían asesinado a la madre de Nix, y los demenciales acontecimientos de los días posteriores habían nublado por completo la percepción de la chica. Incluso para llorar su pérdida.

Aquellos días habían sido la más extraña mezcla de un horror absoluto, una negra desolación y una creciente felicidad. Las emociones que había sentido ni siquiera parecían pertenecer al mismo mundo, ya no digamos a la misma persona.

Benny respetó el duelo de Nix, y se dio un tiempo para sí también. La señora Riley había sido una gran mujer. Dulce, divertida y amable, aunque siempre un tanto cabizbaja. Como todos en Mountainside, Jessie Riley había sufrido terribles pérdidas durante la Primera Noche: su esposo, sus dos hijos.

«Todos perdieron a alguien», le recordaba a menudo Chong. A pesar de que aún eran muy pequeños cuando sucedió, Benny y Chong eran los únicos entre sus amigos que recordaban aquella noche. Chong decía que todo había sido para él como una niebla de gritos y alaridos, pero Benny lo recordaba con particular claridad: recordaba a su madre sacándolo por una ventana de la planta superior para entregárselo a Tom —por entonces un cadete veinteañero de la academia de policía—, recordaba la cosa pálida, vacilante y enjuta que momentos atrás había sido papá salir de las sombras para morder a mamá. Recordaba a Tom corriendo para alejarse, recordaba muy bien el aterrado palpitar de su corazón adulto golpeando como un tambor mientras sostenía a un pequeño Benny que lloraba y se retorció.

Hasta el año anterior, Benny recordaba esa Primera Noche de una forma distorsionada. Hasta entonces había creído que Tom simplemente había escapado. Que no había intentado ayudar a mamá. Que había sido, que era, un cobarde.

Ahora Benny pensaba distinto. Sabía la clase de tormento que Tom había sufrido para salvarlo. También sabía que cuando mamá lo entregó a Tom pasándolo a través de la ventana, ella ya había sido mordida. Ya no podría salvarse. Tom había hecho lo único posible: corrió, y al correr confirió valor al sacrificio de su madre. Él los salvó.

Ahora Benny tenía quince años y medio, y parecía que la Primera Noche había ocurrido un millón de años atrás.

El presente ya no era ese mundo. Durante la Primera Noche el viejo mundo murió. Cuando los muertos se levantaron, los vivos perecieron. Las ciudades fueron incineradas por la milicia en un esfuerzo inútil por detener los crecientes ejércitos de muertos vivientes. Los pulsos electromagnéticos

desatados por las explosiones nucleares frieron los circuitos de todos los aparatos eléctricos. Las máquinas quedaron en silencio, y pronto también enmudeció la nación. Ahora todo lo que se encontraba al este del pequeño pueblo de Mountainside era la gran Ruina y Putrefacción. Algunos pueblos aún poblaban las laderas de la Sierra Nevada al norte y al sur del hogar de Benny, pero el resto del mundo había sido destruido.

O... ¿no?

Durante aquella aventura en las montañas al este del pueblo, Benny y Nix habían visto algo que les pareció tan inexplicable y con tanto potencial para cambiar su mundo como lo había sido la plaga zombi. Volando alto, muy alto por encima de ellos, algo cruzó el cielo. Un aparato tecnológico sobre el cual Benny únicamente había leído en libros del pasado.

Un aeroplano.

Un elegante avión jumbo que llegó volando desde el oriente, dio vuelta en un lento círculo alrededor de las montañas, y se alejó por donde había venido. Ahora Benny y Nix contaban los días para dejar Mountainside e ir a buscar el lugar de donde provenía aquel aeroplano. El calendario clavado a la pared junto a la puerta trasera tenía X negras sobre los primeros diez días del presente mes. Luego le sucedían siete días sin marcar, y después un gran círculo rojo alrededor del sábado 17 de abril, a una semana exacta de distancia. Las palabras VIAJE estaban escritas en letras mayúsculas debajo de la fecha.

Tom pensaba que aquel avión volaba en dirección al Parque Nacional de Yosemite, el cual se encontraba exactamente rumbo al este tomando como referencia su pueblo. Benny y Nix le habían suplicado a Tom durante meses para emprender

el viaje, pero conforme se aproximaba el día, Benny ya no estaba tan seguro de querer hacerlo. Nix estaba totalmente decidida, sin embargo.

—Tierra a Benny Imura.

El chico parpadeó y escuchó como un eco el sonido de los dedos que le chasqueaba Tom.

—¿Eh?

—Por Dios... ¿en qué planeta estabas?

—Oh... sólo me concentraba un poco.

—¿En Nix o en el avión?

—Un poco de ambos.

—Debía ser más en el avión —dijo Tom—. Casi no babeabas.

—Y tú casi resultas gracioso —dijo Benny. Bajó la mirada hacia su plato y quedó ligeramente sorprendido al verlo vacío.

—Así es —dijo Tom—, estabas comiendo en piloto automático. Era fascinante verte.

Alguien llamó a la puerta. Benny se incorporó de inmediato y cruzó la cocina hacia la puerta trasera. Sonreía mientras corría los cerrojos.

—Debe ser Nix —dijo mientras abría—. Hola, cariño...

Morgie Mitchell y Lou Chong aguardaban en el porche trasero.

—Ejem —comenzó Chong—: hola también, pastelito.

2

Benny comenzaba a decir algo que habría sido salvajemente vulgar y físicamente improbable, pero entonces una figura más pequeña se abrió paso a empujones entre el fornido Morgie y el enjuto Chong. A pesar de que la veía a diario, encontrarse con ella siempre provocaba que su corazón palpitara como un gorila enloquecido golpeándose el pecho.

—Nix —dijo él, sonriendo.

—¿«Cariño»? —preguntó ella. No sonreía.

No era el tipo de cosas que él acostumbrara decirle. No en voz alta, y podría castigarse por haber dejado que se le escapara. Buscó algún comentario ingenioso para salvar la situación, consciente de que Tom observaba la escena desde la mesa, y de que Morgie y Chong lo espiaban como espectros.

—Bueno... —dijo—, yo, eh...

—Qué tacto —continuó Nix, y lo empujó para entrar a la cocina.

Chong y Morgie se burlaban de él imitando un besuqueo entre los tórtolos.

—Sabed que seréis asesinados —amenazó Benny—. Dolorosamente, y muy pronto.

—Claro, cielito —replicó Morgie mientras seguía a Chong al interior de la cocina.

Benny se tomó unos segundos para juntar los retazos sueltos de su limitada inteligencia. Entonces se giró y cerró la puerta con mucho cuidado, aunque dar un portazo le habría hecho sentir mucho mejor.

Tras la muerte de su madre, Nix se había mudado primero con Benny y Tom, pero entonces Fran Kirsch, la esposa del alcalde y su vecina de al lado, sugirió que una chica tal vez preferiría vivir en una casa con otras mujeres. Benny trató de argumentar que ella tenía en casa su propia habitación —la habitación de Benny— y que a él no le importaba dormir en el sofá de la sala, pero la señora Kirsch no cedió: Nix se mudó al cuarto de huéspedes de los Kirsch.

Nix y los chicos se amontonaron en las sillas alrededor de la mesa e hicieron una imitación bastante fiel de la rapiña de los buitres con los restos de comida. Tom se apoyó en su silla y Benny recuperó su asiento.

—¿Entrenaremos esta noche? —preguntó Morgie.

Tom asintió.

—Se acerca el viaje, ¿recordáis? Benny y Nix tienen que estar listos, y vosotros dos debéis manteneros en forma, Morgie. Quién sabe a lo que os enfrentaréis en el futuro.

—Los has hecho trabajar mucho —dijo Chong.

—Tengo que. Todo lo que hagamos de ahora en adelante será prepararnos para el viaje. No son...

—... vacaciones —completó Benny—. Sí, lo has mencionado unas treinta o cuarenta mil veces. Sólo que pensaba que ahora tendríamos, ya sabes, una noche libre.

—¿Noche libre? —repitió Nix—. Yo desearía que partiéramos ahora mismo.

Benny eludió el tema preguntando:

—¿Dónde está Lilah?

Lilah era el miembro más reciente de su grupo. Un año mayor que los chicos e infinitamente más extraña, había crecido fuera de la muralla exterior, allí, en Ruina. Fue criada durante unos años por un hombre que la rescató en la Primera Noche, y después vagó sola durante los años siguientes. Ella era más que salvaje: taciturna, silenciosa e increíblemente guapa. La Chica Perdida, la habían llamado en las Tarjetas Zombi. Un mito, una leyenda para la mayoría de la gente, hasta que Tom y Benny probaron su existencia. Ella quería ir con Benny, Nix y Tom a Ruina, a buscar el avión.

Chong inclinó la cabeza apuntando hacia la puerta trasera.

—No ha querido entrar.

Chong suspiró, y Benny tuvo que controlarse para no aprovechar el momento y molestarlo. Su amigo había desarrollado un enamoramiento tan impotente y desesperanzado hacia Lilah que una palabra incorrecta podía sumirlo en una depresión que se prolongaría días enteros. Nadie, incluidos Nix, Benny y Chong, pensaba que Lilah pudiera interesarse en lo absoluto por él. O quizás ella no se interesaba en absoluto por nada que no estuviera relacionado con navajas, armas y violencia.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Benny, esquivando cuidadosamente el tema.

—Limpiando su pistola —dijo Nix, clavando sus ojos verdes en los de Benny y dirigiéndolos después hacia el jardín exterior.

Lilah cuidaba de su pistola como si fuera una mascota. Chong decía que eso era bonito, pero en realidad todos pensaban que era un poco triste, rozando lo escalofriante.

Benny rellenó su taza de té, vertió algo de miel en el líquido y observó a Nix tomar los últimos restos de carne de una pechuga de pollo. Le gustaba hasta la manera en que ella hurgaba entre los desechos para buscar comida. Suspiró.

Morgie continuó:

—Voy a pescar el primer bagre de la temporada.

—¿Qué usarás como carnada? —preguntó Chong.

—¿El cerebro de Benny?

—Demasiado pequeño.

Era una de sus rutinas más antiguas, y Benny respondió como se esperaba de él: de manera inapropiada. Tom le dio el esperado sermón sobre su lenguaje.

Incluso ese ritual, tan practicado y obsoleto como se había vuelto, hizo sentir bien a Benny. Especialmente con Nix sentada a su lado. Él buscó algo que decir que le hiciera merecer una de sus sonrisas. Las sonrisas de Nix, que habían sido libres y plenas hasta antes de la muerte de su madre, se habían vuelto tan raras como las piedras preciosas. Benny habría dado gustoso todo lo que poseía para cambiarlo, pero como dijo Chong una vez, «no todo lo averiado se puede arreglar». En aquella ocasión —hacía un año, cuando Benny intentaba practicar un tiro y acabó rompiendo la ventana frontal de la tienda de Lafferty— había pensado que la observación era estúpida. Ahora sabía que era profunda.

Tantas cosas indeseables habían ocurrido en el último año... pero aquello ya pertenecía al pasado, y nada —ni desearlo, ni la fuerza de voluntad, ni las oraciones nocturnas— podía cambiarlo.

La madre de Nix había muerto.

Eso no se podía remediar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Morgie con una mirada de sospecha.

Todos se giraron hacia Benny, quien dedujo que probablemente le habían hecho una pregunta pero estaba tan sumido en sus pensamientos melancólicos que la había ignorado.

—¿Qué? Oh... sólo pensaba en el avión —mintió Benny.

—Ah —exclamó Chong secamente—. El avión.

La nave, y todo lo que ésta simbolizaba, era un enorme monstruo silencioso que los había acechado desde que volvieron el pasado septiembre. El avión significaba partir, algo que Nix y Benny harían pronto pero no Chong y Morgie. Tom lo llamaba un «viaje», sugiriendo que en algún momento volverían, pero Benny sabía que Nix no tenía intenciones de regresar a Mountainside. Lo mismo probablemente sucedía con Tom, quien aún seguía afligido por la pérdida de Jessie Riley. Benny, sin embargo, sí quería volver. Quizá no para instalarse para siempre, pero al menos para ver a sus amigos. Una vez que partieran, sin embargo, él estaba casi seguro de que su ausencia sería permanente.

Era un pensamiento horrible y desgarrador, siempre latente, aunque a ninguno de ellos le gustaba hablar de aquello.

—¿Ese maldito avión otra vez? —se quejó Morgie y agitó malhumoradamente la cabeza.

—Sí. Pensaba ir a la biblioteca mañana para ver si tienen libros sobre aviones. Quizás encuentre el que vimos.

—¿Por qué? —insistió Morgie.

—Si sabemos qué tipo de avión es —intervino Nix— podríamos comprender su alcance. Tal vez no pudo cruzar el país. O tal vez pudo venir desde Hawái.

Morgie estaba confundido.

—Pensaba que habíais dicho que llegó desde el este y que se fue en esa misma dirección.

—No son controladores de tráfico aéreo, Morgie —agregó Chong—. Cuanto más puedan aprender sobre el avión, más posibilidades tendrán de encontrarlo. Supongo.

—¿Qué es un controlador de tráfico aéreo? —insistió Morgie.

Eso le permitió a Chong dirigir la conversación lejos del viaje y hacia la historia previa a la Primera Noche. Benny miró de reojo a Nix, ahí estaba: apenas el más ligero atisbo de una sonrisa. Ella le cogió la mano por debajo de la mesa y le dio un rápido apretón.

Tom, que había estado observando la escena, ocultó una sonrisa detrás de su taza mientras terminaba de beber su té. Después la depositó sobre la mesa con un estruendo; todos los ojos se giraron hacia él.

—Bien, mi joven Jedi... es hora de entrenar.

Todos se pusieron en pie, pero cuando se dirigían hacia fuera, Morgie dio un codazo amistoso a Chong en las costillas.

—¿Qué es un Jedi?